

Carta VI. Las bienaventuranzas

P. Paissios del Monte Athos

Kalyva [1] de la Preciosa Cruz, 2 de diciembre de 1972.

Querida Hermana e Higúmena [2] Filotea, ¡benedicida!:

Una locura me ha agarrado hoy: he tomado la pluma, como un loco que escribe con su carbón sus divagaciones sobre los muros, para escribir las mías sobre un papel y, todavía más locura, enviárselas. Esta segunda locura, la hago por mi gran amor a mis hermanas a fin de ayudarlas, al menos un poco.

La razón de mi primera locura tiene como origen cinco cartas que tratan distintos temas y que recibí, una después de otra, en distintas partes de Grecia. Si bien los acontecimientos que les habían sucedido eran una gran bendición, los remitentes habían caído en la desesperación, pues ellos las veían según el mundo.

Después de haber pues respondido a sus cartas, como un loco –como le he dicho-, tomé la pluma para escribirle esta carta, pues creo que una simple moneda de 0,5 dracma de parte de vuestro hermano que permanece en el extranjero permitirá a cada una de sus hermanas encender un cirio en su celda y ofrecer a nuestro Buen Dios su alabanza.

Yo experimento una gran alegría cuando cada hermana lleva su propia cruz y conduce su combate espiritual personal con celo.

Incluso un corazón tan grande y tan luminoso como el sol es poco para entregarlo a Cristo en reconocimiento por sus inmensos dones y sobre todo por el honor tan especial que nos ha hecho, a nosotros los monjes, de reclutarnos por un llamado personal en su orden angélica.

Un gran honor es debido también a los progenitores que han sido juzgados dignos de sellar una alianza con Dios. Desgraciadamente, por falta de comprensión, la mayoría de los padres, en lugar de agradecer a Dios, se revelan, pues ellos ven todas las cosas según el mundo –como las personas de las cuales le he hablado más arriba, quienes fueron la causa de que yo tome la pluma para escribirle lo que sigue.

1. Bienaventurados los que han amado a Cristo más que a todas las cosas del mundo y que viven lejos del mundo, junto a Dios en la alegría paradisíaca desde esta tierra.
2. Bienaventurados los que han logrado vivir en la oscuridad y han adquirido grandes virtudes sin adquirir, en cambio, el menor renombre.

3. Bienaventurados los que se han convertido en locos y han preservado así su tesoro espiritual.
4. Bienaventurados los que anuncian el Evangelio no por medio de palabras, sino que lo viven y lo anuncian por su silencio, con la gracia de Dios, la cual es la única que los delata.
5. Bienaventurados los que se alegran de ser acusados injustamente más que de ser alabados justamente por sus vidas virtuosas. Allí reside el signo de la santidad, y no en una ascesis estéril ni en el gran número de las prácticas ascéticas que si no se realizan con humildad y con el objetivo de despojarse del hombre viejo, no hacen más que producir falsas ideas sobre sí mismo.
6. Bienaventurados los que prefieren sufrir la injusticia más que practicar la injusticia, que reciben tranquila y silenciosamente las injusticias, pues ellos manifiestan en la práctica que creen en un solo Dios, el Padre Todopoderoso y que esperan en Él su justificación y no de los hombres para ser vanamente justificados aquí abajo.
7. Bienaventurados los que han nacido inválidos o se han vuelto así por sus propias imprudencias y que no se lamentan sino que dan gloria a Dios. Ellos tendrán los mejores lugares en el Paraíso junto a los Confesores y a los Mártires que han dado sus manos y sus pies por amor a Cristo y que ahora besan con veneración los Pies y las Manos de Cristo.
8. Bienaventurados los que han nacido feos y que son despreciados sobre la tierra, pues, si ellos dan gloria a Dios y no se lamentan, tendrán los más bellos lugares en el Paraíso.
9. Bienaventurados son las viudas que, incluso involuntariamente, visten de negro en esta vida y llevan una vida espiritual blanca como la nieve dando gloria a Dios sin lamentarse, mucho más bienaventuradas que los desgraciados que se visten de colores y llevan una vida de desenfreno de muchos colores.
10. Bienaventurados y mucho más bienaventurados los huérfanos que han sido privados de la inmensa ternura de sus padres, pues ellos han sido juzgados dignos de tener a Dios por Padre ya desde esta vida y, la ternura paterna de la que han sido privados es colocada con intereses en la caja de ahorro de Dios.
11. Bienaventurados los padres que no utilizan nunca la expresión “no se hace” para dirigirse a sus hijos, sino que les enseñan a no hacer el mal por medio de una vida santa para que imiten sus hijos, siguiendo así todos alegres y con coraje espiritual a Cristo.

12. Bienaventurados los niños que han nacido santos desde “las entrañas maternas” (Mt 19, 12 y Lc 1, 15), pero más aun los que han nacido con todas las pasiones del mundo como herencia, han luchado contra ellas con sudor, las han arrancado y han heredado el Reino de Dios “con el sudor de su frente” (Gn 3, 19).

13. Bienaventurados los niños que han vivido desde su joven edad en un medio de santidad y han progresado sin penas en la vida espiritual. Pero mucho más bienaventurados, sin embargo, los niños dañados que no han sido del todo ayudados (al contrario, se les ha empujado al mal), pero cuyos ojos han brillado desde que han escuchado hablar de Cristo: han cambiado 180 grados, de un solo golpe han purificado sus almas y han salido del campo de la atracción terrestre para moverse sobre una órbita espiritual.

14. Felices los cosmonautas, dice el mundo, que gravitan en el espacio, en orbitas alrededor de la luna o incluso que caminan sobre la luna. Pero más bienaventurados los Paradisnautas [3] de Cristo, que se elevan hasta Dios y gravitan regularmente alrededor del Paraíso, la morada permanente de ellos, con las más rápidas naves espaciales y sin gastar mucho combustible: ¡nada más que un pedazo de pan tostado!

15. Bienaventurados los que dan gloria a Dios por la luna que les ilumina de noche. Más felices aun los que han comprendido que así como la luz de la luna no es la suya propia, la luz espiritual tampoco es propia de ellos, sino que es de Dios. Pues el espejo, el simple vidrio, o la tapa de una lata de conservas, no pueden reflejar la luz más que si los rayos del sol caen sobre ellos.

16. Felices, dice el mundo, los que viven en palacios lujosos y gozan de todas las comodidades. Pero más bienaventurados los que han simplificado sus vidas, se han liberado del nudo corredizo de esta evolución mundana que trae numerosas comodidades y se han librado de la angustia terrible propia de nuestra época contemporánea.

17. Felices, dice el mundo, los que pueden gozar de los bienes terrestres. Pero más bienaventurados los que dan todo a Cristo, privándose de toda consolación humana por Cristo y llegan a estar así día y noche junto a Cristo, en el seno de su divina consolación, que a veces es tan intensa que le dicen a Dios: “Mi Dios, tu Amor no puede soportarse, pues es inmenso y mi pequeño corazón no puede contenerlo”.

18. Felices, dice el mundo, los que ocupan los más grandes puestos y poseen las más grandes mansiones, pues ellos tienen todo lo que es necesario para vivir en la holgura. Pero más bienaventurados los que no tienen más que un nido para apoyarse, el alimento y la vestimenta –como escribe el divino Pablo (1 Tm 6, 8)-, y han llegado así a hacerse extranjeros del mundo de las vanidades: mientras que como hijos de Dios, ellos utilizan la tierra como un escalón, sus espíritus se encuentran sin cesar junto a Dios, su Buen Padre.

19. Felices los que se vuelven, por el alcohol, generales y ministros –aunque sea por algunas horas- estos puestos de los cuales el mundo se alegra. Pero más bienaventurados los que se han despojado de su hombre

viejo, se han liberado de la materia y han llegado a volverse ángeles terrestres por el Espíritu Santo: han encontrado la divina llave del Paraíso y ellos beben y se embriagan sin cesar con el vino paradisíaco [4].

20. Bienaventurados los que han nacido locos y serán juzgados como locos, pues ellos entrarán así en el Paraíso sin pasaporte. Pero más bienaventurados y muchísimo más bienaventurados los sabios que se hacen locos por amor a Cristo y se burlan de la vanidad del mundo: su locura por Cristo vale más que todos los conocimientos y la sabiduría de los sabios del mundo entero.

Les suplico a todas las hermanas que rueguen a Dios para que me dé o más bien para que me tome el poco cerebro que poseo, para que me asegure así el Paraíso, dado que seré entonces juzgado como loco. O bien que me haga loco por su amor, a fin de que yo salga de mí mismo, que salga de la tierra y de la atracción terrestre, ¡pues sino mi vida de monje no tiene sentido!

Como monje, yo me he blanqueado exteriormente. Pero me he ennegrecido más y más interiormente por ser un monje negligente. Y me justifico diciendo que estoy enfermo, cuando lo estoy. Pero cuando estoy bien, me justifico nuevamente poniendo de pretexto la enfermedad, ¡es así que yo merezco unos buenos golpes!

¡Ore por mí!

¡Que Cristo y la Santísima estén con usted!

Con amor en Cristo, vuestro hermano,
Monje Paissios.

Père Païssios Moine du Mont Athos
Lettres
Édité par le monastère Saint-Jean-le Théologien.
Souroti de Thessalonique-Grèce 2005.
Pp. 235-242

Notas:

[1] kalyva: así se llaman en el monte Athos a una pequeña habitación aislada provista de una capilla en el interior, pero sin propiedades agrícolas, que es concedido por un monasterio a un monje y algunos discípulos.

[2] Higúmena: Madre Priora de un monasterio de mujeres.

[3] El Padre Paissios inventa la palabra “paradisnauta” para oponerla a cosmonauta: son los hombres espirituales gravitan alrededor del Paraíso como los cosmonautas gravitan en el cosmos.

[4] El Padre Paissios retoma el tema bien conocido de la embriaguez espiritual, hace un juego de palabras entre el alcohol (*inopneuma*) y el Espíritu Santo (*Agio pneuma*)